

Editorial

En este sugerente artículo, el doctor Roberto Aras pone en el centro de la escena el pensamiento y la obra del notable filósofo español José Ortega y Gasset, un intelectual de una enorme influencia en el ámbito académico y que gozó en nuestro país del reconocimiento (y de las críticas) de un masivo público ávido de sus ideas y de sus “máximas” sobre el mundo y sobre la idiosincrasia argentina de la primera mitad del siglo XX. Aras no sólo da cuenta de la riquísima experiencia del español como ciudadano del mundo sino que, como eje central de este escrito, nos introduce en las grandes preguntas de Ortega sobre el conocimiento, sobre el desarrollo del pensamiento filosófico, sobre la fragmentación del saber y sobre el papel de la Universidad como ámbito privilegiado para lograr una integración armónica de la cultura. Quizás una clave hermenéutica para disfrutar de este artículo sea recoger no solamente lo que el doctor Aras describe con precisión, sino aquello que deja entrever de Ortega (y de su propio mundo interior), es decir, dilucidar los “silencios” que, a modo de preguntas sin respuestas evidentes, el autor nos quiere hacer descubrir para abordar el universo orteguiano.

Las preguntas que animan la introducción de este número de *Consonancias* son verdaderas flechas que sólo intentan sugerir un horizonte de posibilidades, ése que intenta poner a la cultura (*latu sensu*) como el centro de la vida, del quehacer universitario. He aquí la segunda clave hermenéutica: tratar de indagar qué era esa *cultura* en el mundo de Ortega para contraponerla con las múltiples acepciones que este término presenta en nuestro escenario de la posmodernidad, plagado de múltiples significados para términos que, en los primeros años del siglo pasado, parecían ser evidentes en sus significados. El *hombre culto* para Ortega no es hoy un tipo social que pueda ser claramente delineado en un contexto de innumerables representaciones. De allí que los interrogantes iniciales del doctor Aras sean interpelaciones punzantes y que llaman a contraponerse dentro de ciertos paradigmas de complejidad: ¿podemos hacernos todavía la ilusión de que la Universidad no ha sido tocada por el desconcierto generalizado? ¿Perdura aún en su corazón medieval la fuerza para resistir a la tentación de la fragmentación, para enfrentar la incertidumbre elevada a categoría universal, para escapar de los juegos lingüísticos abiertos a la multiplicidad legitimante? En pocas palabras, la Universidad ¿es aun conciente de su tarea fundamental?

Finalmente, las reflexiones de Ortega que el doctor Aras rescata sobre la misión propia de la Universidad de enseñar, investigar y de transformar la sociedad, se convierten en propuestas de una notable actualidad en torno a la irremplazable relación entre profesor y alumno, sujetos privilegiados de la vida universitaria. En este sentido, Aras reconoce que Ortega es un autor “clásico”, que recuerda la génesis de la Universidad como la congregación de aquellos que menos saben y que invitan a los que saben más con el propósito de nutrir y elevar su espíritu. Por eso, la defensa del protagonismo del estudiante (no nos olvidemos que la redacción de *Misión de la Universidad* nace de una invitación estudiantil) no es una concesión demagógica sino un llamado a “hacerse cargo” de la *seriedad* académica como condición de la vida universitaria, entendida aquélla como exigir y exigirse lo mejor. Si hay claridad sobre esta cuestión, con la mediación del *diálogo* pedagógico, el profesor asumirá su responsabilidad de alcanzar la excelencia en el conocimiento de la materia que imparte y en el alumno se logrará estimular la autonomía para buscar el saber y contribuir personalmente en su desarrollo. La integración del saber adquiere así un sentido vital, existencial.

ORTEGA, LA UNIVERSIDAD Y LA INTEGRACION DEL SABER

DR. ROBERTO E. ARAS

Hay una frase de Cicerón, utilizada por Ortega en varias ocasiones, que sentencia que “*se han oído voces de faunos en medio de las batallas y en circunstancias confusas se ha creído escuchar voces ocultas y proféticas*”¹. Con esas palabras de esperanza, Cicerón primero y Ortega después, intentaron significar que, aún en las condiciones más arduas de la vida y casi agotadas todas las fuerzas de resistencia a la zozobra, existe un refugio de paz en el corazón de cada hombre donde todavía es posible oír la voz del buen sentido, del verbo orientador y de la pausa reflexiva.

Nadie duda que los tiempos que corren -especialmente los últimos años- constituyen un formidable mosaico de calamidades de variada procedencia: guerras, terrorismo, fanatismo religioso, dictaduras, nuevas enfermedades, degradación climática y orográfica del planeta se añaden al hambre y a la miseria, conocidas desde hace siglos. Instalados en el centro de una sociedad que saluda el tráfico de ideas como verdadero diálogo y a las conductas temerarias como flexibles y espontáneas, es indudable que se hace necesario encontrar el ámbito adecuado para no sucumbir a las solicitudes de respuesta automática y a las demandas de reacción instantánea. ¿Quién podría asumir en la comunidad mundial del siglo XXI el papel de refugio sanador para aquellas perversiones? ¿Dónde se podrá hallar, todavía, la libertad necesaria para ejercitar el pensamiento riguroso y sin concesiones?

En el cruce con estos interrogantes asoma, una vez más, la institución universitaria como el lugar seguro, el terreno fértil, para sembrar los brotes de las virtudes necesarias y las actitudes desafiantes con las que nos atrevamos a imaginar un porvenir menos violento, menos caótico, -en suma- menos inhumano. Pero ¿podemos hacernos, todavía, la ilusión de que la Universidad no ha sido tocada por el desconcierto generalizado? ¿Perdura aún en su corazón medieval la fuerza para resistir a la tentación de la fragmentación, para enfrentar la incertidumbre elevada a categoría universal, para escapar de los juegos lingüísticos abiertos a la multiplicidad legitimante? En pocas palabras, la Universidad ¿es aun conciente de su tarea fundamental?

Nos llevaría muy lejos examinar adecuadamente una cuestión cuyas aristas tocan los terrenos fronterizos e inquietos de las principales ciencias sociales; y, todavía, si nos determináramos a tamaña empresa, en vano intentaríamos aclararnos un poco mejor el futuro de la Universidad sin estar munidos de una clara noción de su finalidad². Ahora bien, es en el preciso momento que descubrimos la limitación de tal proyecto cuando viene en nuestro auxilio el filósofo -no hay que olvidar que la filosofía ha sido siempre

¹ MARCI TVLLI CICERONIS, *DE DIVINATIONE*, LIBER PRIOR, XLV, 101: “Saepe etiam et in proeliis Fauni auditi et in rebus turbidis veridicae voces ex occulto missae esse dicuntur”.

² “Quiere decir esto que si al cabo se emprende la reforma de la Universidad, no se ha de mirar tanto a cambiar éste o el otro detalle en las disciplinas y en el profesorado, cuando a volver del revés el concepto que tenemos del fin de la Universidad, representación la más alta de la cultura, porque en ella cifra, no sólo la de hoy, sino la de mañana.” (“La universidad española y la universidad alemana”, *Obras Completas*, tomo I, Taurus / Fundación Ortega y Gasset, Madrid, 2004, p. 68. En adelante se citará por esta edición con mención de tomo y número de página)

faena de salvación y el filosofar, *oficio de rescatista*, para devolvernos de los abismos existenciales hacia los cuales a menudo nos empujan los extravíos de la razón-

En compañía de un filósofo, pues, trataremos de echar alguna luz sobre la esencial integración de los saberes en la Universidad como un camino para repensar y actualizar las coordenadas de la situación universitaria. En este punto, es Ortega, quizás, el más autorizado en lengua castellana para suministrar el mapa de ruta e incitarnos a la travesía; bastaría con recordar, para justificar la premisa, que en la bibliografía internacional sobre la Universidad, junto con los aportes de Newman y von Humboldt, el ensayo “Misión de la Universidad” ocupa un lugar central entre los esfuerzos del siglo pasado por exponer y revitalizar su núcleo dinámico. Y no menos importante sería mencionar que, cuando Ortega habla de la Universidad, reúne la sutileza intelectual con la experiencia del aula y el afán de intervención social con su insobornable demanda por la verdad.

1. Meditaciones sobre la Universidad

Cuando el 9 de octubre de 1930 José Ortega y Gasset³, a pedido de una organización estudiantil (la F.U.E., Federación Universitaria Escolar), decidía dictar una conferencia con el título “Posible reforma universitaria” en el Paraninfo de la Universidad de Madrid, también buscaba dar respuestas a la agitación medular que por entonces estremecía a Europa⁴. El debate sobre la tan declamada *reforma universitaria* se le presentaba, entonces, como la ocasión propicia para analizar el propósito mismo de la existencia de la Universidad en tiempos posmodernos. Sin embargo, no sería ésta la primera ni la única vez que Ortega se ocuparía de los estudios universitarios.

La preocupación por desentrañar los sutiles mecanismos de la educación superior anida en Ortega desde época muy temprana. Su epistolario de los años transcurridos durante la beca en Leipzig, Berlín y Marburgo nos entrega de primera mano algunos comentarios y opiniones que dejan expuesta su intención de confrontar el sistema académico de la universidad germana. A partir de esta experiencia, escribe seis artículos en el diario *El Imparcial* entre el 16 de enero y el 20 de febrero de 1906. A ellos se refiere Ortega como “unas cuantas noticias” que “mostrarán frente a frente la Universidad alemana y la española, con el fin de que se vea cómo la ventaja sencillamente infinita de aquélla sobre ésta no consiste en su mayor riqueza, sino en el pensamiento que la informa”⁵.

Ya entonces destacaba nuestro pensador que una dimensión fundamental del problema lo constituía “el fin que cada Estado prescribe a sus Universidades, o sea la profundidad. Esta última es la más importante: de ella depende la capacidad y hace

³ A modo de breve consigna biográfica recuerdo que José Ortega y Gasset nació en Madrid el 9 de mayo de 1883 y murió, en la misma ciudad, el 18 de octubre de 1955. Tuvo una destacada carrera académica y diversas intervenciones políticas y periodísticas. Viajó tres veces a la Argentina, generando un público fiel que asistía a sus conferencias y cursos con un inusual interés por los temas filosóficos.

⁴ Cfr. Santolaria Sierra, Félix, “En torno a «Misión de la Universidad»”, *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid), N° 403-405, enero-marzo 1984, p. 573: “En estas circunstancias fue requerido Ortega por la citada organización estudiantil para dar una conferencia sobre la Universidad en el Paraninfo de la Central. Tal vez esperaba la FUE que nuestro filósofo expondría algún manifiesto de acción social y política que invocara líneas programáticas a su asociación, o una exhortación a la victoriosa juventud universitaria, al estilo de las conferencias que Jiménez de Asúa venía dando en aquellas fechas.”

⁵ “La universidad española y la universidad alemana”, *OCI*, p. 64.

buenos o malos a profesores y estudiantes”⁶. Por eso, posiblemente, algunos años después se haya atrevido a criticar en la revista *España* la fundación de la Universidad de Murcia y la constitución de su Facultad de Derecho⁷ como acciones que resultan incoherentes con una buena política de Estado.

Sin embargo, el mayor incentivo que le proporcionaba a Ortega el estudio de la Universidad alemana en aquel momento era concebirla como un puente hacia la renovación completa de la cultura española⁸. No se trataba, a la sazón, de repetir la actitud de los miembros de la generación del 98, quienes se contentaban con describir las ruinas del imperio y ensayar tibios intentos de reconstrucción del ser nacional. Contrariamente, el talante de Ortega no era pesimista ni conformista; antes bien, quería atacar ese diagnóstico dramático de apatía histórica inyectando vitalidad al cuerpo social, y esa aspiración a renovar la nación lo llevará a preferir los instrumentos pedagógicos antes que los políticos.

En efecto, el *problema de España*, quedaba conformado, así, por su falta de ciencia y por su ceguera frente a los valores de la Modernidad; sólo cabía aceptar como remedio -a juicio de Ortega- la “europeización”. La consigna era superar siglos de aislamiento mediante la educación adecuada de las próximas generaciones; lograr una apertura política creando nuevas condiciones culturales. Ahora bien, ¿de qué manera Ortega pretendía desarrollar este proyecto de reforma política desde una plataforma cultural?

El criterio renovador va delineándose ya en la conferencia “Vieja y Nueva Política”, luego, en el manifiesto de la “Liga de Educación Política”, hasta adquirir características sistemáticas con “La pedagogía social como programa político”. En este proyecto se asocian sus convicciones patrióticas con la aplicación de teorías filosóficas que buscaban provocar -como sostiene Pedro Cerezo⁹- la “conversión mental de los españoles” hacia una nueva forma de ver la realidad y apreciar la historia. Como se observa, no se trataba de aplicar una fórmula de gestión sino de hallar la vía adecuada para generar una civilidad conciente de su papel en la refundación española. La España vital y plenamente europea, lanzada al futuro, deberá incorporar en el presente los materiales para dicha obra creativa a partir del diseño de una pedagogía de la ciencia moderna.

Ahora bien, si en sus escritos de la época (entre ellos, las célebres *Meditaciones del Quijote*) había un interés de reforma política, Ortega no lo concebía como un tema prioritario sino subordinado a un programa de reforma cultural más vasto y de raíces cívico-sociales. Por ello, insisto, la defensa del concepto y de la meditación que recorren las páginas de su análisis de la obra cervantina, suponía una acción educativa sobre el conjunto del tejido social. De manera que la educación política, en línea con su visión filosófica del papel de la razón para la vida y de la ciencia para la cultura, proponía actuar sobre la Universidad y desde allí hacia el todo social¹⁰, con el convencimiento de que las deficiencias del civismo español eran consecuencia y no causa de la falta de

⁶ *Idem*, p. 66.

⁷ Cfr. “La universidad de Murcia” (*OC I*, pp.). Fechado 2 de abril de 1915.

⁸ Cfr. “Alemania, latín y griego” (*OC I*, p. 454): “toda la instrucción superior española, todas las carreras universitarias, todas las escuelas especiales, exijan el conocimiento del idioma alemán. La cultura germánica es la única introducción a la vida esencial.”

⁹ “Ideología y mito en España Invertebrada” en López de la Vieja, M. Teresa (Ed.), *Política de la vitalidad. España Invertebrada de José Ortega y Gasset*, Tecnos, Madrid, 1996, p. 131.

¹⁰ Cfr. Ortega y Gasset, José, “Pidiendo una biblioteca”, *OC I*, p. 84: “El problema español es un problema educativo; pero éste, a su vez, es un problema de ciencias superiores, de alta cultura.”

producción del conocimiento científico. La Universidad se constituía, así, en la garantía para superar las condiciones que hicieron posible la vieja política y Ortega depositó en ella el núcleo de su proyecto de modernización de la cultura, “reuniendo a los capaces de forjar núcleos científicos y a los individuos que por su propia energía mental se encuentran en condiciones de sumarse a la renovación”¹¹.

Queda claro que no se trataba de potenciar la educación por un ideal abstracto de conocimiento sino para reinsertar a España en la ciencia europea, y no se trataba, tampoco, de “europeizar” para perder la identidad sino, al contrario, para lograrla¹². El proceso educativo era entendido, entonces, como el dinamizador de las fuerzas espirituales que permitirían la contribución de España en la edificación de la cultura europea a través del desarrollo más exigente de la ciencia.

La Universidad, a juicio de Ortega, era una pieza fundamental en la distribución de ese poder espiritual¹³ necesario para encarar el destino europeo de España. Como acierta a decir José Luis Molinuevo, la educación para nuestro filósofo está al servicio de un ideal ético y sólo desde allí, podría pasar a convertirse en praxis política¹⁴. De ahí que se le pida a la Universidad la capacidad de educar la mirada colectiva para encontrar en los ideales los puntos de referencia que orienten la marcha hacia una transformación de las instituciones y de los usos políticos.

Pero para poner a España en la *forma intelectual* de Europa (sin anularla mediante la importación de temáticas extranjeras con el consiguiente riesgo de padecer afrancesamiento, germanización, etc.) era preciso “educar la conciencia política del pueblo español”. “Hay que educar la conciencia pública española; ésta es la labor que desde hoy mismo tiene que iniciar la juventud”¹⁵ y no se puede lograr con éxito sin avanzar en el fortalecimiento de un poder *plasmante* que *pedagogice* al pueblo¹⁶. A la Universidad (aunque no sólo a ella) le cabe, pues, desarrollar los gérmenes culturales para pasar del pensamiento a la acción, para amparar un verdadero “poder social”.

Todo el esfuerzo pedagógico-político de Ortega se dirigió, entonces, a reinstalar a la Universidad como factor de orientación y gestor principal de la utopía colectiva que simbolizaba la europeización de España. Si bien esta preocupación tenía un significado patriótico, la circunstancia académica de Ortega lo llevaría a conocer la Universidad argentina y a presentar varias de sus ideas al incipiente auditorio trasatlántico.

2. La Universidad argentina

¹¹ Elorza, Antonio, *La razón y la sombra –una lectura política de Ortega y Gasset–*, Anagrama, Barcelona, 1984, p. 24.

¹² Cfr. Ortega y Gasset, José, “En el centenario de una universidad” (1932), *OC V*, pp. 736: “...caemos en la cuenta de que no se puede aclarar lo que ha sido la Universidad española si no contemplamos su destino peculiar sobre el fondo de lo que ha sido toda la Universidad europea”.

¹³ Cfr. “En el centenario de una universidad”, *OC V*, p. 737: “Pero en Europa, cualquiera que sea el aprovechamiento que el Estado haya obtenido de la Universidad, significó ésta un principio diferente y originario, aparte, cuando no frente al Estado. Era el saber constituido como poder social. De aquí que apenas gana sus primeras batallas la Universidad se constituya con fuero propio y originales franquias. Frente al poder político, que es la fuerza, y la Iglesia, que es el poder trascendente, la magia de la Universidad se alzó como genuino y exclusivo y auténtico poder espiritual: era la Inteligencia como tal, exenta, nuda y por sí, que por vez primera en el planeta tenía la audacia de ser directamente y, por decirlo así, en persona, una energía histórica.”

¹⁴ Cfr. “La crisis del socialismo ético en Ortega” en López de la Vieja, M. Teresa (Ed.), *op. cit.*, p. 34.

¹⁵ Ortega y Gasset, José, “Los problemas nacionales y la juventud”, *OC VII*, p. 129.

¹⁶ Cfr. Ortega y Gasset, José, “Imperialismo y democracia”, *OC X*, p. 131.

Ortega llegó por primera vez a la Argentina en 1916. Su presencia significó un cambio de rumbo en los estudios de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, atenazada por la prédica de positivistas y antimetafísicos. Su curso sobre la *Crítica de la Razón Pura* de Kant impulsó el interés por una filosofía más próxima a los debates contemporáneos presentados por las nuevas corrientes del pensamiento europeo. De manera similar, el ciclo de conferencias abierto dedicado a plantear una “Introducción a los problemas actuales de la filosofía” favoreció el acercamiento del gran público a las cuestiones más arduas y abstractas de aquel saber gracias a la oratoria brillante con que Ortega las comunicaba¹⁷.

En el discurso pronunciado el 6 de diciembre de 1916 en el *Instituto Popular de Conferencias* de Buenos Aires, que fue publicado luego en la revista *Hebe* (1918) y posteriormente en las *Obras Completas* con el título “Impresiones de un viajero”, dedicaba un largo párrafo a la universidad:

Esta obra de fomento reflexivo en torno a la cultura superior es la misión de la Universidad.

La Universidad, señores, símbolo de toda esencial pedagogía y de toda acción intelectual, es hoy el instrumento incomparable para la labranza de los pueblos. Doloroso es que todavía, lo mismo en Europa que aquí, este admirable vocablo, Universidad, suscite al ser oído imágenes sórdidas e inelegantes de aulas tristes y prosaicas, de dómnes solemnes y cejijuntos, de palabras frías y pedantes. Y, sin embargo, aún llega a los oídos del estudioso resonando la voz de Platón, creador, en su florida academia, de la institución universitaria; la voz de Platón que dice: «Hagamos de la enseñanza la ciudadela del Estado».¹⁸

Y continuaba con una invitación a la reforma que -para algunos- sería detonante de los movimientos estudiantiles de 1918 en Argentina:

“Notad que en el siglo postrero y en lo que va del presente las naciones han pesado tanto en la Historia cuanto pesaban sus Universidades. ¿Existe en la conciencia pública argentina la resuelta visión de esto? No quiero, no debo negar que la sola pena que de este viaje llevo nace de no haber hallado en esa pública conciencia argentina el urgente afán de poseer, en todo su plenario sentido, Universidad. Hace más de dos siglos que en España se perdieron las grandes tradiciones universitarias. Tampoco nosotros gozamos hoy de este supremo incitador de cultura, por lo menos no hemos logrado su plenitud. Pero, aunque no poseamos Universidad suficiente, creo que llevamos la ventaja de sentir con toda prisa y afán su necesidad y emprender sin descanso ensayos de mejora. Día a día surgen nuevos proyectos de transformación, corríjense los miembros inválidos del edificio, pruébense artificios para garantizar la competencia del profesorado y anualmente es disparada una porción de nuestros jóvenes a los países extranjeros, los

¹⁷ Al respecto es ilustrativo el comentario de Coriolano Alberini: “Tiene Ortega y Gasset todas las cualidades adecuadas para imponerse ante un público tan vivaz como el de Buenos Aires, puesto que ostenta la doble calidad de filósofo y de artista. Es escritor de gran estilo y su prosa constituye un elemento relevante en la historia de la literatura española. Como si todo ello no bastara, es orador de palabra severa y a la vez mundana, preciosa aptitud que él pone al servicio de las grandes y múltiples inquietudes del alma contemporánea. A veces predomina en él el artista sobre el pensador, pero desde el punto de vista argentino, ello constituyó una ventaja, pues al actuar en un medio tan reactivo a la especulación filosófica como era el de Buenos Aires hace 15 años, logró, merced a finos recursos estéticos, levantar un gran interés por la filosofía y por los problemas filosóficos, dentro de la filosofía alemana contemporánea, en la que él investiga con sesgo propio” (Coriolano Alberini, “La filosofía alemana en la Argentina” -1930- en *Precisiones sobre la evolución del pensamiento argentino*, Ed. Docencia, Buenos Aires, 1981, pp. 89-90).

¹⁸ *OC VIII*, pp. 367-368.

cuales al retorno vierten en el ambiente espiritual de España efluvios internacionales. (...) En una forma o en otra tendría la Universidad argentina que corregir cierta tendencia practicista que si ha dominado como un tópico el mundo durante algunos decenios, va hoy en derrota dondequiera.”¹⁹

A la invitación a “emprender sin descanso ensayos de mejora” le responde la juventud argentina con signos de rebeldía que se expresan a través del manifiesto del *Colegio Novecentista* y luego con la *Reforma Universitaria* de 1918. En suma, había generado el filósofo español una influencia espiritual que continuaría los siguientes diez años mediante los artículos en *La Nación* y las entregas de la *Revista de Occidente*.

Pero no es sino hasta 1928, fecha de su segunda visita, en que la exaltación de su figura adquiere ribetes teatrales. Ahora, además del curso universitario “¿Qué es la ciencia, qué es la filosofía?”, sus charlas son oídas en la *Sociedad Amigos del Arte* (las conferencias denominadas “Meditación de nuestro tiempo”, que preparan la futura redacción de *La Rebelión de las Masas*) y la frecuencia de sus intervenciones en el periódico *La Nación* se acelera. La atención a sus palabras se multiplica en los ámbitos universitarios de todo el país, ahora más receptivos y mejor preparados. Ortega, en suma, es un intelectual reconocido que frecuenta los círculos elegantes de Buenos Aires y posee una personalidad que no escapa a la curiosidad, incluso, de las revistas de moda.

Sin embargo, a pesar de la corriente de simpatía y respeto mutuos que exteriorizaban ambas partes, cuando en 1939 Ortega se radica en Buenos Aires por tres años (tercer y último viaje) no logra insertarse en la Universidad argentina. Sólo sus labores de escritor y conferencista le proporcionaron los medios de subsistencia durante el penoso exilio. Las heridas que habían provocado los ensayos de 1929 (*La pampa... promesas* y *El hombre a la defensiva*) todavía no estaban cicatrizadas, tampoco se le perdonaba el prudente “silencio” que mantuvo sobre la Guerra Civil, y el clima intelectual de la ciudad, que veinte años antes lo abrigaba con su solicitud, ahora lo ignoraba fríamente.

Aún en el contexto de ese período tan poco feliz en la vida de Ortega, insiste sobre el tema universitario en la conferencia que dicta en la ciudad de La Plata bajo el título de “Meditación del Pueblo Joven”:

“... la Universidad argentina no acaba de estar bien. Pues, no faltaba más sino que estuviese ya bien. Sería monstruoso, sería desesperante que la Universidad estuviese ya completamente bien en la Argentina. (...) se está pecando aquí de no atenderla más, de no impulsar con mayor denuedo a la Universidad, y acaso, más aún, a ciertas instituciones que deberían fundarse con vistas al porvenir.”²⁰

Con total coherencia, Ortega hablaba en las dos orillas del Atlántico con el mismo entusiasmo y convencimiento del papel que tenía que cumplir la Universidad en el desarrollo de una civilidad más alerta y comprometida con el destino de una nación. Las “experiencias argentinas” de los dos primeros viajes le sirvieron, pues, para medir y ajustar el repertorio vital de demandas que la vida académica llevaba en su intimidad.

3. La Misión de la Universidad

¹⁹ *Idem*, p. 368.

²⁰ Ortega y Gasset, José, *OC VIII* (edición de Alianza, 1983), p. 401.

Es necesario, ahora, volver a los resultados de aquella jornada de 1930 en que se dirigió Ortega a los estudiantes de Madrid, convencido de dar “un paso más en su intento por llevar a cabo sus planes de reforma de la sociedad y del Estado”²¹. En efecto, la conferencia fue desarrollada luego de una manera más extensa mediante una serie de artículos que aparecieron en *Los folletones de El Sol*, desde el 12 de octubre hasta el 9 de noviembre de 1930, con el título colectivo de “Misión de la Universidad”, y luego reunidos en libro bajo el mismo encabezamiento.

Precisamente, en el primer capítulo de dicha obra -“Temple para la reforma”²²- Ortega recuerda los antecedentes de su preocupación por la cuestión universitaria:

“... ahora vendrán a hacer los veinticinco años que escribí mis primeros artículos sobre reforma del Estado español en general y de la Universidad en particular. Aquellos artículos me valieron la amistad de don Francisco Giner de los Ríos. Eran entonces contadísimas las personas que en España admitían la necesidad de una reforma del Estado y aun de la Universidad. Todo el que osaba hablar de ellas, insinuar su conveniencia, quedaba, *ipso facto*, declarado demente o forajido, y fuese él quien fuese se le centrifugaba de la comunidad normal española y se le condenaba a una existencia marginal, como si reforma fuese lepra.”²³ (pp. 1034-1035)

Ortega sabía perfectamente que el mundo había cambiado de forma dramática durante los primeros decenios del siglo XX. De ahí que el análisis que propone en las entregas de “Misión de la Universidad” sea solidario con la tesis central que articula su obra más conocida: *La Rebelión de las Masas*. En algún sentido, podría afirmarse que la primera es una derivación en clave educativa de la segunda y guarda con ella una proporción analógica en sus causas y consecuencias. La Universidad se había convertido en una universidad “de masas”²⁴ y con ello, se hacía imprescindible anotar la dirección de los cambios, preguntarse por su misión y controlar el cumplimiento de sus objetivos.

A modo de ejemplo, citaré un párrafo de Beatrice Fonck que señala las nuevas condiciones sociales en que surge la necesidad de examinar el rol de la institución universitaria:

“... durante la dictadura de Primo de Rivera, la población universitaria llegó a duplicarse: pasó de 27.000 estudiantes en 1923 a 60.000 en 1929. Las universidades españolas se vieron invadidas por una oleada de recién llegados en el momento en que las nuevas costumbres, el ambiente de modernidad corrían por Madrid, lo que aumentaba la separación entre la vieja y la nueva España.”²⁵

Como se observa, ingresaba en la discusión de aquel tiempo el imperativo de atender a una multitud que estaba ocupando en la organización social unos lugares

²¹ Márquez Padorno, Margarita, *La Agrupación al Servicio de la República -la acción de los intelectuales en la génesis de un nuevo Estado-*, Madrid, Biblioteca Nueva / Fundación Ortega y Gasset, 2003, p. 55.

²² Este capítulo fue eliminado después de dos ediciones (1930 y 1936); ya en “El libro de las misiones” (Buenos Aires, 1940) no se incluía y nunca más fue reimpreso en vida de Ortega. Paulino Garagorri lo incorporó en la edición póstuma de *Misión de la Universidad* de 1984. Finalmente fue publicado en la edición de las *Obras Completas* de Taurus (2005) en el tomo IV, pp. 1032-1041.

²³ “Temple para la reforma”, *OC IV*, pp. 1034-1035.

²⁴ Cfr. Quintanilla, Miguel A., “La misión y gobierno de la universidad abierta”, *Revista de Occidente* (Madrid), N° 216, mayo 1999, p. 130: “hemos tardado años en percibir la verdadera dimensión de los cambios que se estaban operando y todavía hoy tenemos que hacer esfuerzos para percibir el verdadero alcance histórico de la nueva *Misión de la Universidad* y sus implicaciones no sólo en el orden académico, sino también en el plano social, económico y organizativo.”

²⁵ Fonck, Beatrice, “Papel sociológico de la juventud en *La deshumanización del arte, La rebelión de las masas* y *Misión de la Universidad*”, *Revista de Estudios Orteguianos* (Madrid), número 2, 2001, p. 282.

reservados antes para unos pocos, y que definitivamente ponía en riesgo la aptitud del sistema de la educación superior para garantizar la calidad educativa. La Universidad, pues, se había vuelto “problemática” y no había forma de salir del anonadamiento sin recurrir a una revisión de sus bases.

Ahora bien, llegados a este punto, no podemos avanzar sin preguntar por el diagnóstico de la Universidad que a la sazón elaboraba nuestro filósofo. Así, descubrimos que en cada parte del texto aludido se montaba, junto con la deficiencia entrevista, una solución posible²⁶.

En la primera sección, Ortega presentaba lo que -a su juicio- era la cuestión fundamental: si la Universidad ha de significar una educación que alcance a todos, primero hay que determinar “lo que sea ese saber y esa enseñanza universitarios”²⁷. En otras palabras, era menester especificar cómo se verificaba la enseñanza universitaria para establecer su aproximación o alejamiento del ideal normativo que brota de su misma esencia. Para responder, indicaba que en la Universidad se ofrecía:

- A) La enseñanza de las profesiones intelectuales.
- B) La investigación científica y la preparación de futuros investigadores.

Y luego confirmaba: “La enseñanza superior consiste, pues, en profesionalismo e investigación. Sin afrontar ahora el tema, anotemos de paso nuestra sorpresa al ver juntas y fundidas dos tareas tan dispares.”²⁸ Al parecer, para Ortega esa “disparidad” de atribuciones terminaba atentando contra la *autenticidad* de la Universidad, y esta era la primera corrección que habría que efectuar: asumir el análisis de la Universidad con sinceridad, sin evasiones y sobre todo, sin “empeñarnos en que sea lo que no es, falsificando su destino inexorable con nuestro arbitrario deseo”²⁹. Si España requería una Universidad *en forma*, en total plenitud, entonces era ineludible presentarla en su verdad integral.

Al servicio del objetivo de develamiento del núcleo genuinamente universitario, conviene establecer que la Universidad no es una entidad aislada; existe y se desarrolla en un clima o atmósfera social y por lo tanto, requiere que el “aire público” que la rodea ejerza una adecuada presión sobre sus muros: ni muy alta, para que no se quiebren, ni demasiado débil, para que no facilite su encierro³⁰. En ese difícil equilibrio tiene la Universidad que completar su tarea enfocada en permitir que el individuo que educa puede llevar adelante la empresa de continuar con la civilización occidental. Pero aquí aparecía el máximo inconveniente: como la Universidad permanecía atareada con la formación profesional y la preparación de investigadores, ha descuidado en las últimas generaciones la función de ser transmisora de “cultura general”, con la advertencia de que

²⁶ Las cinco secciones en que se divide la obra son: I. LA CUESTIÓN FUNDAMENTAL; II. PRINCIPIO DE LA ECONOMÍA EN LA ENSEÑANZA; III. LO QUE LA UNIVERSIDAD TIENE QUE SER "PRIMERO". LA UNIVERSIDAD, LA PROFESIÓN Y LA CIENCIA; IV. CULTURA Y CIENCIA y V. LO QUE LA UNIVERSIDAD TIENE QUE SER "ADEMÁS".

²⁷ “Misión de la Universidad”, *OC IV*, p. 535.

²⁸ *Ídem*, p. 536.

²⁹ *Ídem*, p. 532. Cfr. también *OC IV*, p. 543 “El pecado original radica en eso: no ser auténticamente lo que se es. Podemos *pretender* ser cuanto queramos, pero no es lícito fingir que somos lo que no somos, consentir en estafarnos a nosotros mismos, habituarnos a la mentira sustancial. Cuando el régimen normal de un hombre o de una institución es ficticio, brota de él una omnimoda desmoralización. A la postre se produce el envilecimiento, porque no es posible acomodarse a la falsificación de sí mismo sin haber perdido el respeto a sí propio.”

³⁰ Cfr. *Ídem*, p. 533.

"... referida al espíritu humano -y no al ganado o a los cereales-, [la cultura] no puede ser sino general. No se es «culto» en física o en matemática. Eso es ser sabio en una materia. Al usar esa expresión de «cultura general» se declara la intención de que el estudiante reciba algún conocimiento ornamental y vagamente educativo de su carácter o de su inteligencia. Para tan vago propósito tanto da una disciplina como otra, dentro de las que se consideran menos técnicas y más vagarosas: ¡vaya por la filosofía, o por la historia, o por la sociología!"³¹.

He aquí el contraste que marcaba Ortega con la universidad medieval, que "no investiga; se ocupa muy poco de profesión; todo es... «cultura general» -teología, filosofía, «artes»"³². En la Edad Media, la "cultura" no consistía en un complemento ornamental sino que era, "por el contrario, el sistema de ideas sobre el mundo y la humanidad que el hombre de entonces poseía. Era, pues, el repertorio de convicciones que había de dirigir efectivamente su existencia."³³ También hoy, sostenía Ortega, la cultura está estructurada sobre un conjunto de "...ideas claras y firmes sobre el Universo, convicciones positivas sobre lo que son las cosas y el mundo"³⁴. Gracias a ellas, el hombre encuentra un sistema de orientación que le permite instalarse en el mundo e interpretarlo confiriéndole sentido; lejos de considerar que la cultura era un producto abstracto de la inteligencia, Ortega la describía como "el sistema *vital* de las ideas en cada tiempo"³⁵ y que incluía mucho más que los conocimientos científicos.

Pero aquel núcleo cultural ha sido desplazado en la Universidad contemporánea por la enseñanza profesional, con consecuencias catastróficas para la anatomía espiritual del hombre medio europeo, que Ortega precisaba con las siguientes palabras:

"... el inglés medio, el francés medio, el alemán medio son *incultos*, no poseen el sistema vital de ideas sobre el mundo y el hombre correspondientes al tiempo. Ese personaje medio es el *nuevo bárbaro, retrasado con respecto a su época, arcaico y primitivo* en comparación con la terrible actualidad y fecha de sus problemas. Este nuevo bárbaro es principalmente el profesional, más sabio que nunca, pero más inculto también -el ingeniero, el médico, el abogado, el científico."³⁶

En esta advertencia resonaban las anticipaciones de *La Rebelión de las Masas*, al reconocer en el "científico especialista" al "bárbaro" contemporáneo³⁷, un ser incapaz de estar a la altura de su tiempo y, sin embargo, instalado por la sociedad en los lugares de mando, poderío y representación social. Lo que ocurre es que, por su lógica interna de crecimiento, la misma ciencia ha debido especializar a quienes la desarrollaban para abarcar el campo continuamente renovado de sus cuestiones. Pero este procedimiento ha tenido como consecuencia no deseada el aislamiento de cada sujeto *especialista* del resto de las ramas del saber (tanto vale esa distancia forzada para el saber propio como para el conjunto de las disciplinas científicas). "Así, la mayor parte de los científicos empujan el progreso general de la ciencia encerrados en la celdilla de su laboratorio, como la abeja en la de su panal..."³⁸ -enfaticaba Ortega. El hermetismo que esta metodología engendra se extiende luego a las distintas zonas del quehacer humano y

³¹ *Ídem*, p. 537.

³² *Ídem*, p. 538.

³³ *Ídem*.

³⁴ *Ídem*.

³⁵ *Ídem*.

³⁶ *Ídem*, p. 539.

³⁷ Cfr. *Ídem*, p. 561: "Es preciso que el hombre de ciencia deje de ser lo que hoy es con deplorable frecuencia: un bárbaro que sabe mucho de una cosa".

³⁸ "La barbarie del «especialismo»" en "La Rebelión de las Masas", *OC IV*, p. 444.

cierra toda porosidad cultural. El especialista se ve a sí mismo como “sabio” y rechaza toda instancia superior que le reclame apertura y docilidad.

Era imperativo, pues, revertir el proceso y que la Universidad actuara de manera de comunicar al hombre medio la cultura³⁹ que le daría sentido a su participación en la gestión de la civilización europea:

“... el señor que dice ser médico o magistrado o general o filólogo u obispo -es decir, que pertenece a la clase directora de la sociedad-, si ignora lo que es hoy el cosmos físico para el hombre europeo es un perfecto bárbaro, por mucho que sepa de sus leyes, o de sus mejunjes, o de sus santos padres. Y lo mismo diría de quien no poseyese una imagen medianamente ordenada de los grandes cambios históricos que han traído a la humanidad hasta la encrucijada del hoy (todo hoy es una encrucijada). Y lo mismo de quien no tenga idea alguna precisa sobre cómo la mente filosófica enfrenta al presente su ensayo perpetuo de formarse un plano del Universo o de la interpretación que la biología general da a los hechos fundamentales de la vida orgánica.”⁴⁰

Por ello, si era verdad que la ciencia no podía quedar excluida de una visión integral del mundo, no menos cierto resultaba la inutilidad de pretender infundirla hasta con los menores detalles, a esos que sólo acceden los intelectuales de laboratorio. No, para Ortega no se trataba de volver a un enciclopedismo trasnochado, sino de lograr una síntesis que habilitase para componer una imagen del mundo orientadora. “Quien no posea la idea física (no la ciencia física misma, sino la idea vital del mundo que ella ha creado), la idea histórica y biológica, ese plan filosófico, no es un hombre *culto*”⁴¹.

A la Universidad le correspondería, entonces, superar la fragmentación⁴² a la que había sido condenado el europeo moderno por la unidimensionalidad del especialismo y reconstruir la unidad vital perdida⁴³. De ahí que sea “... ineludible crear de nuevo en la Universidad la enseñanza de la cultura o sistema de las ideas vivas que el tiempo posee. Esa es la tarea universitaria radical. Eso tiene que ser, antes y más que ninguna otra cosa, la Universidad”⁴⁴.

4. La Facultad de Cultura

³⁹ “Misión de la Universidad”, *OC IV*, p. 541. “No hay remedio: para andar con acierto en la selva de la vida hay que ser culto, hay que conocer su topografía, sus rutas o «métodos»; es decir, hay que tener una idea del espacio y del tiempo en que se vive, una cultura actual. Ahora bien: esa cultura, o se recibe o se inventa. El que tenga arrestos para comprometerse a inventarla él solo, a hacer por sí lo que han hecho treinta siglos de humanidad, es el único que tendría derecho a negar la necesidad de que la Universidad se encargue ante todo de enseñar la cultura.”

⁴⁰ *Ídem*, pp. 540-541.

⁴¹ *Ídem*, p. 541.

⁴² Cfr., *Ídem*, p. 541 “El profesionalismo y el especialismo, *al no ser debidamente compensados*, han roto en pedazos al hombre europeo, que por lo mismo está ausente de todos los puntos donde pretende y necesita estar. En el ingeniero está la ingeniería, que es sólo un trozo y una dimensión del hombre europeo; pero éste, que es un *integrum*, no se halla en su fragmento «ingeniero». Y así en todos los demás casos”. Cfr. También Mantovani, Juan, “Ortega y la idea de Universidad”, *Sur* (Buenos Aires), N° 241, Julio-agosto 1956, p. 138: “Por su sola condición de ingeniero, médico, abogado, sin compensación cultural, el hombre se convierte en un fragmento humano. A ello se debe la decisión de Ortega al declarar que la función *primaria* y *central* de la Universidad es la enseñanza de las grandes disciplinas culturales.”

⁴³ *Ídem*, p. 542: “Hay que reconstruir con los pedazos dispersos *-disiecta membra-* la unidad vital del hombre europeo. Es preciso lograr que cada individuo o -evitando utopismos- muchos individuos lleguen a ser, cada uno por sí, entero ese hombre. ¿Quién puede hacer esto sino la Universidad?”

⁴⁴ *Ídem*, p. 540.

De acuerdo con las expresiones analizadas “en *Misión de la Universidad*, Ortega propugna que se retome el sentido originario de la institución universitaria, para colocar ésta a la altura de los desafíos contemporáneos. La llave de ese sentido está en la cultura que, como sistema de ideas y convicciones que traban el vivir humano, constituía el objetivo preponderante de la Universidad medieval”⁴⁵. A pesar de la referencia, Ortega no propugnaba una transposición anacrónica de la institución universitaria arrancándola del siglo XII y depositándola en la actualidad⁴⁶. Era muy consciente de que “cada tiempo posee un sistema vital de ideas, que es su cultura y de la cual vive. Por eso Ortega considera una atrocidad que en la Universidad no se transmita la cultura a los que se preparan como futuros profesionales”⁴⁷.

¿Cuál es, entonces, el camino sugerido para solucionar esa deficiencia? El filósofo responde que “fuera de España, se anuncia con gran vigor un movimiento para el cual la enseñanza superior es *primordialmente* enseñanza de la cultura o transmisión a la nueva generación del sistema de ideas sobre el mundo y el hombre que llegó a madurez en la anterior”⁴⁸. Ahora bien, para lograr una preparación general y humanística (ese “humanismo integrador” al que se refería García Morente) que tuviese realización práctica, era necesario imaginar un vehículo de transmisión adecuado: Ortega cree encontrarlo en la creación de una *Facultad de Cultura*.

“Yo haría de una «Facultad» de Cultura el núcleo de la Universidad y de toda la enseñanza superior. Más arriba queda dibujado el cuadro de sus disciplinas. Cada una lleva dos nombres. Por ejemplo, se dice «imagen física del mundo» (Física). Con esta dualidad en la denominación se quiere sugerir la diferencia que hay entre una disciplina cultural, esto es, vital, y la ciencia correspondiente de que aquélla se nutre. En la «Facultad» de Cultura no se explicará Física según ésta se presenta a quien va a ser de por vida un investigador fisicomatemático. La física de la Cultura es la *rigorosa* síntesis ideológica de la figura y del funcionamiento del cosmos material, según resultan de la investigación física hecha hasta el día. Además, esa disciplina expondrá en qué consiste el modo de conocimiento que emplea el físico para llegar a su portentosa construcción, lo cual obliga a aclarar y analizar los principios de la Física y a escorzar breve, pero muy estrictamente, su evolución histórica. Esto último permitirá al estudiante darse clara cuenta de lo que era el «mundo» hacia el cual vivía el hombre de ayer y de anteayer, o de hace mil años, y, por contraste, cobrar conciencia plena de la peculiaridad de nuestro «mundo» actual”⁴⁹

F. Santolaria Sierra resume con las siguientes palabras el proyecto orteguiano:

“Esta «Facultad» sería el primer hito en el esfuerzo de compensar la dispersión y complicación del trabajo científico, con su tarea esencial de concentrar y simplificar el saber. Aquí se cultivaría el talento sintetizador e integrador”⁵⁰

En efecto, Ortega se quejaba de la falta de una “pedagogía universitaria” que fuese capaz, en el nivel de la enseñanza superior, de digerir la complejidad de los

⁴⁵ Almeida Amoedo, Margarida, “El papel de la Universidad contra la barbarie. Pensar con Ortega, setenta años después”, *Revista de Estudios Orteguianos*, número 2, 2001, p. 113.

⁴⁶ Cfr. Ortega y Gasset, José, “Misión de la Universidad”, *OC IV*, p. 559: “De aquí la importancia histórica que tiene devolver a la Universidad su tarea central de «ilustración» del hombre, de enseñarle la plena cultura del tiempo, de descubrirle con claridad y precisión el gigantesco mundo presente, donde tiene que encajarse su vida para ser auténtica.”

⁴⁷ Rovira Reich, María de las Mercedes, *Ortega desde el Humanismo Clásico*, Pamplona, EUNSA, 2002, p. 303.

⁴⁸ Ortega y Gasset, José, “Misión de la Universidad”, *OC IV*, p. 542.

⁴⁹ *Ídem*, p. 559.

⁵⁰ Santolaria Sierra, Félix, “En torno a «Misión de la Universidad»”, *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid), N° 403-405, enero-marzo 1984, p. 580.

estudios particulares producidos por los diferentes saberes y alumbrar una síntesis comprensible para cualquiera. Había que descubrir y alentar el trabajo de los “talentos sintetizadores”⁵¹ que fueran capaces de acercar epistemológicamente la ciencia al hombre medio.

Ortega se animó a ofrecer un catálogo de los saberes integradores («las grandes disciplinas culturales») que deberían ser enseñados:

1. “Imagen física del mundo (Física).
2. Los temas fundamentales de la vida orgánica (Biología).
3. El proceso histórico de la especie humana (Historia).
4. La estructura y funcionamiento de la vida social (Sociología).
5. El plano del Universo (Filosofía)”⁵²

Los cursos así diseñados⁵³ tendían a reducir el predominio de la “investigación” y la “ciencia” a favor de la cultura⁵⁴ -ese “repertorio de convicciones o "ideas" sobre el Universo (...) que no pueden faltar en vida ninguna”⁵⁵-. Ortega estaba persuadido de que la mayor diferencia entre impartir meramente ciencia o enseñar cultura consistía en que la primera no se sometía a las urgencias y necesidades de la vida y, por eso, podía postergarse indefinidamente reabasteciendo sus contenidos y purificando sus métodos. En cambio, “la cultura va regida por la vida como tal, y tiene que ser en todo instante un sistema completo, integral y claramente estructurado. *Es ella el plano de la vida*, la guía de caminos por la selva de la existencia”⁵⁶; de ahí que la Universidad requiera comunicar los elementos indispensables para construir ese plano cuya demanda es un constitutivo radical de la vida humana.

La inspiración orteguiana para la creación de una *Facultad de Cultura* no dio los resultados esperados en el sistema académico español⁵⁷ pero tuvo sus frutos fuera de España con la reforma de la Universidad de Puerto Rico emprendida por su Rector, Jaime Benítez, a partir de 1942, cuando su acción condujo un año más tarde al nacimiento de una “Facultad de Estudios Generales”⁵⁸ que todavía existe. Benítez siguió al pie de la letra muchos de los consejos del filósofo en la concepción de su reforma aunque recién tuvo la oportunidad de conocerlo personalmente en el verano de 1949,

⁵¹ Cfr. Ortega y Gasset, José, “Misión de la Universidad”, *OC IV*, p. 561: “Y hay que criar y depurar un tipo de talentos específicamente sintetizadores. Va en ello el destino de la ciencia misma”

⁵² *Ídem*, p. 550.

⁵³ Cfr. *Ídem*, p. 541: “Quien no posea la idea física (no la ciencia física misma, sino la idea vital del mundo que ella ha creado), la idea histórica y biológica, ese plan filosófico, no es un hombre *culto*”.

⁵⁴ Cfr. *Ídem*, p. 553.

⁵⁵ *Ídem*, p. 557.

⁵⁶ *Ídem*, p. 558.

⁵⁷ Ni siquiera la *Ley de Bases de Reforma Universitaria* presentada en las Cortes en mayo de 1933 fue tratada. Hubo que esperar 50 años para que fuera votada una *Ley de Reforma Universitaria*.

⁵⁸ Cfr. Almeida Amoedo, Margarida, *op.cit.*, p. 116. En el sitio de Internet de la Universidad se aclara que “la División de Estudios Generales se crea en 1943 y se convierte en la Facultad de Estudios Generales en 1945. La creación del programa de estudios generales es la piedra angular de la reforma universitaria de 1942. Dentro del sistema universitario, la Facultad tiene la particularidad de estar constituida como una comunidad académica multi e interdisciplinaria en la que convergen tres grandes áreas del conocimiento: las humanidades (incluyendo el español vernáculo, con sus componentes literarios y lingüísticos), las ciencias sociales y las ciencias naturales, y el inglés como segundo idioma, con sus componentes literarios y lingüísticos”. Entre los cursos que se ofrecen en esta unidad académica habría que destacar: Introducción a la Cultura Occidental, Introducción a las Ciencias Biológicas, Introducción a las Ciencias Sociales, Introducción a las Ciencias Físicas, Curso Básico de Educación General en Ciencias Físicas, Seminario de Integración, Introducción al Razonamiento Matemático, Organización, Métodos y Principios del Conocimiento.

durante el coloquio sobre Goethe organizado por Robert Hutchins y la Fundación Ford en Aspen (Colorado, EE.UU.).

El mismo Benítez explica lo realizado durante su gestión con estas palabras:

“En 1942, profesores, estudiantes y el nuevo liderato del país hicimos un esfuerzo conjunto por reavivar el desarrollo de la Universidad en todas sus dimensiones. (...) Se formularon nuevos programas y nuevas estructuras llamadas a servir de la manera más eficaz posible no sólo el desarrollo de nuevas actitudes, profesiones y destrezas, sino la formación integral del estudiante. A esos fines, para iniciarse en el año académico de 1943-44 en este recinto de Río Piedras, se crearon las facultades de Estudios Generales, de Humanidades, de Ciencias Naturales, de Ciencias Sociales. Al mismo tiempo se abrieron de par en par las puertas de la Universidad a los jóvenes estudiantes de todos los grupos económicos: mediante un amplio sistema de becas se estableció un nuevo sistema de licencias sabáticas y de licencias con ayuda económica para profesores interesados en mejorar su preparación y se procedió a reclutar figuras excepcionales de fuera del país para fortalecer la tarea docente en todas las disciplinas”⁵⁹

Lamentablemente, a pesar de la amistad trabada con Benítez, Ortega nunca pudo visitar la Universidad de Puerto Rico⁶⁰ y conocer de cerca la aplicación de sus principios sobre la Universidad.

Algo similar en el orden de la influencia ejercieron las ideas de Ortega -a través de Francisco Romero- en la reforma de la Universidad Nacional de La Plata (provincia de Buenos Aires, Argentina).

El 27 de junio de 1941, con la intención de retomar el planteo fundacional de Joaquín V. González, asumía como Presidente de la Universidad Nacional de La Plata el Dr. Alfredo Palacios, quien había sido profesor en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales y decano en 1925. Con una carrera política que lo hizo diputado nacional por la Capital Federal en 1904 (convirtiéndose en el primer diputado socialista de América) y luego senador entre 1935 y 1943, encontró el tiempo necesario para descollar también como un escritor prolífico, habiendo publicado antes de aquella designación, numerosos trabajos sobre la educación y la Universidad: “La Universidad Nueva” (1925), “Por la Universidad Democrática” (1927), “Universidad y Democracia” (1928), “Derecho de Asilo” (1928), “Enseñanza Secundaria” (1929), “Acción Universitaria” (1929), “La Democratización de la Enseñanza” (1930), y “Espíritu y Técnica en la Universidad” (1943).

Su proyecto de reforma buscaba recuperar la unidad del saber articulando las diversas escuelas, facultades e institutos ya que sostenía que sólo la Universidad puede ser vista como “entidad de cultura, un organismo sintético, con una idealidad común”⁶¹. El diagnóstico de la situación, expresado en los fundamentos de la resolución que anunciaba los cambios, asentaba “que la especialización creciente de las disciplinas cultivadas en cada Facultad y el criterio fragmentario de la educación, predominante aún entre nosotros, puede conducir a una tecnificación profesional saturada de árido y excluyente pragmatismo, cuyos efectos serán desintegradores de la vida social y la personalidad del hombre”⁶².

⁵⁹ “Juan Ramón Jiménez y la Universidad de Puerto Rico”, *Cuenta y Razón*, Madrid, N° 3, 1981. Conferencia dictada en el Teatro de la Universidad de Puerto Rico el 22 de abril de 1981.

⁶⁰ Cfr. Benítez, Jaime, “Ortega y Puerto Rico”, *Cuenta y Razón*, Madrid, N° 11, 1983, pp. 21-28.

⁶¹ Romero, Francisco, “Un experimento universitario” en *Ideas y Figuras*, Buenos Aires, Losada, 1949, p. 144.

⁶² *Ídem*, p. 143 –nota 1.

Con esos propósitos, Palacios nombró a Francisco Romero -un reconocido filósofo- para que ejerciera la dirección de la comisión especial a la que se le confió el estudio del proyecto de reforma, y en particular el diseño curricular del ciclo humanista.

Romero conocía perfectamente el pensamiento de Ortega. Fue uno de los primeros en reseñar *La Rebelión de las Masas* en la revista *Sur*⁶³ y ejercer sobre el famoso texto una crítica personal. A esta nota siguieron varias colaboraciones en *Cruz y Raya*, *Sur*, *Imago Mundi*, *La Torre*, y *Cursos y Conferencias*⁶⁴, en las que profundizó el conocimiento de Ortega. En 1960 publicó en libro su trabajo *Ortega y Gasset y el problema de la jefatura espiritual*⁶⁵, donde trató de comprender las limitaciones y las exigencias de su magisterio filosófico. Puede decirse que, más allá de las ocasionales diferencias, el pensamiento de Romero hizo justicia a las enseñanzas recibidas de Ortega y capitalizó, junto con la novedad y amplitud de los temas, un vigor expositivo que delataba la influencia del español⁶⁶.

En su perspectiva sobre los estudios superiores reelaboró, apropiándose del contenido de *Misión de la Universidad*, los dos grandes ejes del ensayo: por un lado, la necesidad de que la Universidad fuese el *lugar* de la cultura, y por otro, su participación en el esclarecimiento de las cuestiones que involucraran al bien común. “La primera intención [de la Universidad] creo que ha de ser la de abarcar y comprender la cultura como un todo unitario y solidario, y la segunda, la de incorporarla en cuanto tal a la conciencia común”⁶⁷ explicaba el filósofo argentino.

La coincidencia se hacía patente cuando abordaba el argumento del fin de la Universidad a favor de una educación integral de la persona y no sólo de la formación profesional. Romero recuerda, entonces, que “el hombre vive apoyándose en determinada concepción de la realidad, sobre una plataforma de nociones más o menos claras, inspirando su conducta en principios más o menos limpios y firmes, y persiguiendo fines individuales y sociales de diverso alcance y dignidad” y luego admite que “se da esta anómala situación: por una parte tenemos al individuo procurándose en la soledad y de cualquier modo el indispensable equipo de nociones y normas generales; por la otra tenemos una institución, la Universidad, que podría sin dificultad, si se adaptara cuidadosamente al propósito, no diré cumplir en absoluto la función de dotar al hombre de una concepción del mundo e instruirlo sobre principios y fines, pero sí ayudarlo con eficacia en aquel trabajo interior que solo es capaz de fundar en cada uno una comprensión general de las cosas y un haz de normas de vida”⁶⁸

Ahora bien, ¿cómo lograr pedagógicamente los criterios enunciados? ¿Cuáles serían las modificaciones ineludibles de acuerdo con el plan trazado en los fundamentos

⁶³ Romero, Francisco, “Al margen de «La Rebelión de las Masas»”, *Sur*, Buenos Aires, a.1, N° 2, otoño, 1931.

⁶⁴ Romero, Francisco, “Un filósofo de la problematicidad”, *Cruz y Raya*, Madrid, N° 21, diciembre 1934, pp. 9-35; “Presencia de Ortega”, *Sur*, Buenos Aires, a.6, N° 23, agosto 1936, pp. 11-19; “En los setenta años de Ortega”, *Imago Mundi*, 1953, n° 2, pp. 69-72; “Ortega y la circunstancia española”, *La Torre*, a. 4, N° 15-16, julio-diciembre 1956, pp. 361-368; “Ortega y el ausentismo filosófico español”, *Sur*, 1956, N° 241, pp. 24-29; “Ortega y Gasset y el problema de la jefatura espiritual”, *Cursos y Conferencias*, Buenos Aires, a. 26, N° 276, 1957, pp. 1-19.

⁶⁵ Buenos Aires, Losada, 1960, 134 p.

⁶⁶ Cfr. Aras, Roberto, “Ortega y los universitarios argentinos” (pp. 197-230) en *Ortega y Gasset en la cátedra americana*, Grupo Editor Latinoamericano, 2004, pp. 223 y sgts. Para la relación entre ambos autores ver Torchia Estrada, Juan Carlos, “Romero y Ortega”, *Sur*, 1983, N° 353, pp. 145-154.

⁶⁷ Romero, Francisco, “Un experimento universitario” en *Ideas y Figuras*, Buenos Aires, Losada, 1949, p. 139.

⁶⁸ *Ídem*, p. 137.

de la resolución del Dr. Palacios? En el texto que sigue a continuación se presenta la organización del plan:

“El plan propuesto por la comisión, aprobado por unanimidad por el Consejo de la Universidad y que al punto entró en vigencia, comprendía una asignatura común y obligatoria, y dos más igualmente obligatorias, pero que podían ser elegidas libremente por los alumnos entre varias que se dictarían simultánea o sucesivamente, según las circunstancias lo permitieran.

La asignatura común se titulaba «La cultura moderna: sus grandes etapas».

...

“Para las otras dos asignaturas, que el estudiante podía escoger según su arbitrio, con la única limitación de que las elegidas no cayeran dentro del campo de su carrera profesional, para mantener el sentido puramente cultural y aun compensatorio de estos cursos, fueron propuestos los distintos asuntos.

1. Los problemas sociales de América.
2. Los problemas filosóficos del hombre actual.
3. Los problemas de la conducta social del hombre americano.
4. El pensamiento científico, sus formas y evolución.
5. Figuras ejemplares de la cultura americana.
6. Problemas de economía política.”⁶⁹

En resumen, la propuesta consistía en “abrir” la mirada intelectual de los estudiantes hacia los territorios “fundamentales” –no tanto por su innegable importancia sino por aludir a los *fundamentos* de todo saber. El curso debía ser “por su propia índole, de generalidades, de «sentidos» más que de sucesos”⁷⁰, y de esta forma, los hechos concretos incorporarían nueva luz una vez referidos a la marcha universal de las ideas.

Lamentablemente, la experiencia de la reforma no tuvo andadura pues el golpe de Estado de 1943 ocasionó un cambio de autoridades en la Universidad y el consiguiente abandono de la iniciativa.

Si en Puerto Rico y en la Argentina la *Facultad de Cultura* revistió las formas que anteriormente analizamos, en los Estados Unidos de Norteamérica como consecuencia de la relación entablada después del coloquio de Aspen entre Ortega y Walter Paepcke, nació el *Instituto Aspen de Estudios Humanísticos* –siguiendo las apreciaciones fundamentales de Ortega sobre la educación superior y la sugerencia de fundar un instituto gemelo del que había abierto en Madrid (el *Instituto de Humanidades*). Asimismo, en *La Propuesta Paideia, un manifiesto educativo*, producto de una comisión de notables presidida por Mortimer Adler⁷¹, se utilizaron muchos argumentos orteguianos para ejercer una crítica substancial sobre el sistema americano y proponer reformas muy cercanas a los ideales defendidos en *Misión de a Universidad*. Es interesante anotar, igualmente, que en la traducción norteamericana de este libro (edición de 1944), realizada por Howard Lee Nostrand -Washington University-, el autor de la “Introducción” de la nueva edición de 1992, Clark Kerr⁷², en línea con lo esperable para una *Facultad de Cultura*, menciona entre los posibles aportes a la

⁶⁹ *Ídem*, p. 148.

⁷⁰ *Ídem*, p. 145.

⁷¹ Cfr. Adler, Mortimer, “Ortega y Gasset: el educador del siglo XX”, *Sur*, 1983, N° 352, pp. 159-176.

⁷² Ortega y Gasset, José, *Mission of the University*, Ed. and trans. Howard Lee Nostrand. New intro. Clark Kerr, New Brunswick, NJ: Transaction, 1992. (Primera edición: Trans. and intro. Howard Lee Nostrand. Princeton: Princeton UP, 1944).

currícula una serie de seminarios que incluyen temas como “El rol de la religión y la nacionalidad en la vida moderna”, “Cuestiones sobre la guerra y la paz, y la cuestión general de la resolución de conflictos”, “Las patologías de la civilización industrial”, “Las implicancias de la “revolución de la información”, “El futuro del medio ambiente, incluyendo el impacto de la explosión demográfica”, “El futuro de las naciones del Tercer Mundo”, “Nuevas mentalidades y nuevas culturas que están surgiendo”, “El fracaso de los estados y las economías marxista-leninista y sus problemas en la transición hacia nuevas formas de sociedad”, “La competencia en la economía global”, “Culturas comparadas del mundo”, y “Procesos de toma de decisiones”.

Finalmente, y regresando a España, no podría omitirse la mención del intento que el propio Ortega, con la colaboración de su discípulo Julián Marías, realizaron en 1948 al fundar el *Instituto de Humanidades* en Madrid. Por la situación política, que dificultaba cualquier obra emprendida en nombre de Ortega, el Instituto fue creado formalmente como un apéndice de *Aula Nueva*, donde Marías junto con otros profesores venían impartiendo clases preparatorias para el entonces llamado *Examen de Estado*⁷³.

En el prospecto que anunciaba el inicio de las actividades, aclaraban Ortega y Marías que *Humanidades* “va a significar para nosotros a un tiempo los fenómenos que se investigan y estas mismas investigaciones”⁷⁴, es decir, el estudio del conjunto de los hechos propiamente humanos. Y precisaban más adelante su propósito manifestando: “quisiéramos emprender una serie de estudios sobre las más diversas dimensiones en que se desparra el enorme asunto «vida humana»”⁷⁵. ¿Cuáles eran las disciplinas aptas para tales estudios? En el texto sugerían la siguiente enumeración: la “Teoría de la lengua” y la novedosa “Teoría del decir” (que reemplazaban a la Lingüística y a la Filología clásica), la “Etnología”, la “Historiología” (elaborada por la *razón narrativa*), y la “Economía” (entendida como ciencia social)⁷⁶. De ellas se ocuparía un grupo de investigadores sin intención de abrir los temas al gran público pero sí a un conjunto de *oyentes*; un grupo reducido colaborando en ampliar los horizontes del saber a través del coloquio y la discusión. El proyecto no contaba con los medios económicos para su puesta en marcha, pero abundaba en un entusiasmo regulado por el temple de la “calma” que -esperaban- garantizaría continuidad.

De las actividades anunciadas se concretaron en el período 1948-1950, dos cursos de Ortega: “Sobre una nueva interpretación de la historia universal” (Exposición y examen de la obra de A. Toynbee: *A Study of History*) y “El Hombre y la Gente”, y otros cursos de Emilio García López, Julián Marías, Benito Gaya, Dámaso Alonso, Julio Caro Baroja, Enrique Lafuente Ferrari, Alfonso García Valdecasas y Luis Díez del Corral. A ellos hay que añadir numerosas investigaciones (por ejemplo, “Los orígenes de la leyenda de Goya”) y varios coloquios-discusiones (a los que concurrían, entre otros, Julio Casares y Antonio Tovar)⁷⁷.

En pocas palabras, la joven institución se había propuesto servir a la vida del español permitiéndole ajustar una visión del mundo y de los otros lo más completa posible, de modo tal que la función cultural del Instituto actualizara y difundiera una cosmovisión «a la altura de los tiempos».

⁷³ Cfr. Marías, Julián, *Ortega: Las Trayectorias*, Madrid, Alianza, 1983, p. 399.

⁷⁴ Ortega y Gasset, José, “Instituto de Humanidades”, *OC VI*, p. 538.

⁷⁵ *Ídem*.

⁷⁶ Cfr. *Ídem*, pp. 538-540

⁷⁷ Marías, Julián, *op. cit.*, p. 404.

La existencia del Instituto se interrumpió⁷⁸ luego de aquellos dos años, pero podría decirse que en el desarrollo de su corta vida Ortega pudo ensayar en él aquella empresa que anticipara desde las páginas de *Misión de la Universidad*: la búsqueda de una integración del saber para que la *humanitas*, a la que aspira cada hombre, fuera alcanzada cuando las disciplinas de la cultura y los estudios profesionales encontrasen una forma pedagógica de síntesis y complementación⁷⁹.

5. La Integración del Saber

Llegamos, por fin, al tema medular en torno del cual nos veníamos desplazando, trazando aquellas órbitas circulares cada vez más comprimidas que a Ortega le sugerían el asalto a la bíblica Jericó, y que constituye, en buena medida, el nervio del planteo orteguiano. La renovación curricular, metodológica y didáctica que proponían las páginas de *Misión de la Universidad* sólo adquiere sentido con una adecuada ponderación de la capacidad de la institución universitaria para nutrir y transmitir la cultura. Ahora bien, esta función esencial, a su vez, reclama una integración que alcance a los saberes mismos y no sólo a sus expresiones académico-administrativas (facultades, institutos, etc.); si bien como decía Francisco Romero, “la existencia misma de las Universidades atestigua la necesidad implícita de una integración de los conocimientos que componga con ellos un gran todo...”⁸⁰, no basta con instaurar una *Facultad de Cultura* o un ciclo introductorio general, pues es el propio conocimiento con sus múltiples objetos el que requiere ser abarcado con una mirada *recapitulante*, sintetizadora. Sin explicitar el reencuentro de las verdades parciales alcanzadas por cada ciencia (y por cada rama de la ciencia) en la verdad profunda desocultada por la Filosofía –y en una visión cristiana con la Teología, ¿sobre qué bases podría restituirse la unidad perdida?

Ya anunciaba Ortega que “todo aprieta para que se intente una nueva integración del saber, que hoy anda hecho pedazos por el mundo”⁸¹. El *saber*, ese que se obtiene del investigador destilado en pociones de especialismo, está llamado a ser incorporado en un constructo totalizador para que pueda comunicarse al estudiante (y al hombre medio) en orden a la comprensión de lo que suceda “en el mundo” y “con su vida”. Por lo tanto, la integración objetiva del saber, iniciada en los laboratorios y finalizada en el escritorio del filósofo, deja paso a una “integración subjetiva” a la que debe dar prioridad la Universidad, justamente para hacer realidad lo que Joseph Ratzinger solicitaba al decir que “una Universidad tiene que tener como fundamento la construcción de una interpretación válida de la existencia humana”⁸².

⁷⁸ Es interesante recordar que Julián Marías pronunció su lección inaugural de la «Cátedra José Ortega y Gasset» de Filosofía Española, en la Universidad Nacional de Educación a Distancia, con el título de «La nueva misión de la Universidad» (era el primer puesto docente que ocupaba en España). Cfr. Donoso, Anton, “Ortega y Marías: sobre la filosofía de la enseñanza superior (1930-1980)”, *Cuenta y Razón*, N° 11, mayo-junio 1983, p. 105.

⁷⁹ Cfr. Ortega y Gasset, José, “Misión de la Universidad”, *OC IV*, p. 564. También cfr. García Romero, Rafael, “Misión de la Universidad en el homenaje del 18 de noviembre de 1955”, *Revista de Estudios Orteguianos*, número 2, 2001, p. 125.

⁸⁰ *Op. cit.*, p. 136.

⁸¹ Ortega y Gasset, José, “Misión de la Universidad”, *OC IV*, p. 562.

⁸² Ratzinger, Joseph, Alocución a periodistas en la Universidad Católica San Antonio de Murcia, 2002 (citado en *Consonancias*, IPIS-UCA, N° 12, junio 2005, p. 1).

“Pero la faena que ello impone es tremenda y no se puede lograr mientras no exista una metodología de la enseñanza superior, pareja al menos de la que ya existe en los otros grados de la enseñanza. Hoy falta por completo, aunque parezca mentira, una pedagogía universitaria”⁸³ –se quejaba Ortega, admitiendo que el movimiento de contracción del saber que pudiera hacer posible una didáctica superior, contrarrestaba la ineludible especialización científica destinada a pulverizar los problemas y distribuirlos por su acción centrífuga.

La situación adquiere mayor dramatismo cuando Ortega señala que un discípulo, un aprendiz, “no puede aprender todo lo que habría que enseñarle. *Principio de economía en la enseñanza*”⁸⁴, y en consecuencia, ese *minimum* de conocimiento no debe dejar afuera lo que constituye el repertorio de sus necesidades vitales. Porque “*la Universidad tiene que ser la proyección institucional del estudiante*, cuyas dos dimensiones esenciales son: una, lo que él es: escasez de su facultad adquisitiva de saber; otra, lo que él necesita saber para vivir”⁸⁵. De lo dicho se sigue que, si la cultura constituye el núcleo de la auténtica educación universitaria y ella está regulada por “la vida efectiva y sus ineludibles urgencias”⁸⁶, nada hay más lejos de la cultura que concebirla como mero diletantismo y nada hay más lejos de la verdadera “integración del saber” que la yuxtaposición o suma de las conclusiones científicas.

Si la Universidad no es capaz de darle al hombre esa posibilidad de clarificación de su vida y de lo que en ella aparece, lo condena a servir de manera anónima y ciega a sus instintos, a sus temores o a la colectividad en la que se inscribe, como el engranaje que no conoce la dirección ni el fin de su trabajo pero que está obligado a cumplir con su parte en la disciplina mecánica del motor. De ahí que Ortega insista tanto en destacar a la cultura como “el sistema de ideas *desde* las cuales el tiempo vive. Porque no hay remedio ni evasión posible: el hombre vive siempre desde unas ideas determinadas, que constituyen el suelo donde se apoya su existencia”⁸⁷. A partir de ellas se organiza todo el aparato de sus predilecciones, valoraciones y efectivas convicciones. Solamente entonces hay un “plan” para enfrentar las circunstancias, el mundo que nos rodea, y actuar; una actuación que requerirá ser justificada en vista de la interpretación que nos hagamos de las cosas y los sujetos en torno. “En suma: *el hombre no puede vivir sin reaccionar ante el aspecto primerizo de su contorno o mundo, forjándose una interpretación intelectual de él y de su posible conducta en él*”⁸⁸. Para ello van en su auxilio las ideas, las que cada cual inventa pero también las que descubre transmitidas por la cadena ininterrumpida de las generaciones⁸⁹.

Por supuesto, la ciencia cumple en aquella faena una labor insustituible pero no es el único ingrediente que configura el panorama de la cultura:

“En nuestra época, el contenido de la cultura viene en su mayor parte de la ciencia. Pero lo dicho basta para hacer notar que la cultura no es la ciencia.

⁸³ Ortega y Gasset, José, “Misión de la Universidad”, *OC IV*, p. 562.

⁸⁴ *Ídem*, p. 547.

⁸⁵ *Ídem*, p. 548.

⁸⁶ *Ídem*, p. 549.

⁸⁷ *Ídem*, p. 556.

⁸⁸ *Ídem*, p. 557.

⁸⁹ Cfr. *Ídem*, p. 557: “La casi totalidad de esas convicciones o “ideas” no se las fabrica robinsonescamente el individuo, sino que las recibe de su medio histórico, de su tiempo. En éste se dan, naturalmente, sistemas de convicciones muy distintos. Unos son supervivencia herrumbrosa y torpe de otros tiempos. Pero hay siempre un sistema de ideas vivas que representa el nivel superior del tiempo, un sistema que es plenamente actual. Ese sistema es la cultura”.

El que hoy se *crea* más que en nada en la ciencia no es a su vez un hecho científico, sino una fe vital -por tanto, una convicción característica de nuestra cultura. Hace quinientos años se creía en los Concilios, y el contenido de la cultura emanaba en buena porción de ellos”⁹⁰

Como sugiere Ortega, nuestras *creencias* también modelan la cultura y le otorgan ese significado vivencial (es decir, no meramente abstracto, mental) a nuestra instalación en el mundo. Si hoy atravesamos una época de terrible incultura (pandemia cuya cepa viral más destructiva es el relativismo) la labor de la Universidad se hace todavía más imperiosa y la integración del saber pasa de ser un ideal epistemológico a convertirse en la condición *sine qua non* de todo aprendizaje.

Según relata el ex Rector de la Universidad de Buenos Aires, Dr. Guillermo Jaim Etcheverry, “nos hemos ido acostumbrando a desplazarnos entre acontecimientos y cosas sin ser capaces de insertarlos en un contexto que les otorgue significado”⁹¹, en plena coincidencia con el diagnóstico de Ortega. Por eso, hoy más que nunca, la Universidad -sin desconocer todos sus problemas de recursos escasos, profesores mal pagos y desmoralizados, estudiantes de atención y vocación intermitentes, etc.- es la única que dispone de un poder espiritual suficiente para rectificar la mirada de los jóvenes y ofrecerles un ámbito de humanización, “representando la serenidad frente al frenesí, la seria agudeza frente a la frivolidad y la franca estupidez”⁹².

6. Epílogo

Casi ochenta años nos separan de la redacción de *Misión de la Universidad*. Diferentes tiempos, diferentes geografías, pero “la vigencia y contemporaneidad del modelo universitario de Ortega es, en tal sentido, innegable”⁹³. El secreto de la vitalidad de la obra se deba, quizás, a que explora en los niveles más profundos de la institución universitaria y se aparta de las consideraciones coyunturales y pasajeras. Las tensiones que regulan las relaciones entre ciencia, profesión y cultura⁹⁴ son resueltas por Ortega a favor de la cultura, pero sin olvidar que la ciencia es esencial en la vida de la Universidad⁹⁵ y que la enseñanza de la profesión exige un esfuerzo pedagógico de adaptación de los contenidos⁹⁶ con el fin de que éstos preparen eficazmente para el trabajo.

Por supuesto, el planteo orteguiano supera en extensión y riqueza los breves apuntes que aquí he proporcionado referidos básicamente a la cuestión de la integración del saber. En razón de ello, quedaron fuera de nuestra atención algunas tesis no menos

⁹⁰ *Ídem.*

⁹¹ Jaim Etcheverry, Guillermo, “Universidades en búsqueda de sentido”, *Revista Criterio*, 2008, N° 2343, p. 632 (citado por Donini, Ana M. C. de, “Crisis y desafíos de la Universidad contemporánea”, *Consonancias*, IPIS-UCA, 2009, N° 27, p. 8).

⁹² Ortega y Gasset, José, “Misión de la Universidad”, *OC IV*, p. 568.

⁹³ Mayz Valenilla, Ernesto, “Ortega: universidad y ciencia”, *Sur* (Buenos Aires), N° 352, enero-junio 1983, p. 154.

⁹⁴ Cfr. Ortega y Gasset, José, “Misión de la Universidad”, *OC IV*, p. 551: “Este plan universitario supone en el lector la benévola resolución de no querer confundir tres cosas que son de sobra diferentes: cultura, ciencia y profesión intelectual”.

⁹⁵ Cfr. *Ídem.*, p. 566: “Conste, pues: la Universidad es distinta, pero inseparable de la ciencia. Yo diría: la Universidad es, además, ciencia”.

⁹⁶ Cfr. *Ídem.*, p. 556: “No confundamos, pues; la ciencia, al entrar en la profesión, tiene que desarticularse como ciencia, para organizarse, según otro centro y principio, como técnica profesional. Y si esto es así, también debe tenerse en cuenta para la enseñanza de las profesiones.”

interesantes que conviene mencionar para dar cuenta -si bien brevemente- de la minuciosa tarea emprendida por el filósofo español.

1º.- “(...) la situación actual de la enseñanza en todo el mundo, obliga a que *de nuevo* se centre la Universidad en el estudiante, que la Universidad vuelva a ser ante todo el estudiante y no el profesor, como lo fue en su hora más auténtica”⁹⁷

2º.- La escasez, la limitación en la capacidad de aprender, es el principio de la instrucción. Hay que preocuparse de enseñar exactamente en la medida en que se puede aprender”⁹⁸.

3º.- “Ha sido desastrosa la tendencia que ha llevado el predominio de la "investigación" en la Universidad. Ella ha sido la causa de que se elimine lo principal: la cultura”⁹⁹

4º.- “En su propio y auténtico sentido, ciencia es sólo investigación: plantearse problemas, trabajar en resolverlos y llegar a una solución”¹⁰⁰

5º.- “Las disciplinas de cultura y los estudios profesionales serán ofrecidos en forma pedagógicamente racionalizada -sintética, sistemática y completa-, no en la forma que la ciencia abandonada a sí misma preferiría: problemas especiales, "trozos" de ciencia, ensayos de investigación”¹⁰¹.

6º.- “La Universidad tiene que estar también abierta a la plena actualidad; más aún: tiene que estar en medio de ella, sumergida en ella”¹⁰².

7º.- “*Para ello tiene la Universidad que intervenir en la actualidad como tal Universidad*, tratando los grandes temas del día desde su punto de vista propio -cultural, profesional o científico”¹⁰³

El conjunto de afirmaciones precedente puede agruparse en torno de cuatro grandes áreas: el estudiante, la enseñanza, la investigación y el compromiso con la actualidad social.

Con referencia al estudiante, Ortega es un autor “clásico” que recuerda la génesis de la Universidad como la congregación de aquellos que menos saben y que invitan a los que saben más con el propósito de nutrir y elevar su espíritu. Por eso, la defensa del protagonismo del estudiante (no nos olvidemos que la redacción de *Misión de la Universidad* nace de una invitación estudiantil) no es una concesión demagógica sino un llamado a “hacerse cargo” de la *seriedad* académica como condición de la vida universitaria, entendida aquella como exigir y exigirse lo mejor. Si hay claridad sobre esta cuestión, con la mediación del *diálogo* pedagógico el profesor asumirá su responsabilidad de alcanzar la excelencia en el conocimiento de la materia que imparte y en el alumno se logrará estimular la autonomía para buscar el saber y contribuir personalmente en su desarrollo.

En el tema de la enseñanza, Ortega acuñó ese principio que denominó “de economía”, que señalaba la imposibilidad de enseñar más de lo que el discípulo podía aprender. También aquí nos encontramos con una variación de un principio escolástico: “todo lo que se recibe se recibe al modo del recipiente” (*Quicquid recipitur, ad modum recipientis recipitur*). Por lo tanto, si el *alumno-recipiente* sólo puede contener una

⁹⁷ *Ídem*, p. 548.

⁹⁸ *Ídem*, p. 546.

⁹⁹ *Ídem*, p. 553.

¹⁰⁰ *Ídem*, p. 551.

¹⁰¹ *Ídem*, p. 564.

¹⁰² *Ídem*, p. 567.

¹⁰³ *Ídem*, p. 568.

masa limitada de conocimientos entregados por el profesor, entonces el problema consiste en establecer y administrar qué conocimientos serán dignos de ser transferidos. En los últimos años, la pedagogía se ha inclinado por promover la adquisición de habilidades que aseguren la ganancia continua de conocimientos sin tener que acumularlos como los libros en una biblioteca. En este punto, Ortega descubrió la importancia de la metodología didáctica para impartir la enseñanza y abogó por su extensión en todos los niveles educativos.

Con respecto a la función de la “investigación” en la educación superior, nuestro autor prefería mantenerla fuera del *campus* y más cerca de los centros e institutos que se dedicaban a desarrollar su labor investigativa con presupuestos específicos y vínculos con las empresas. La investigación no debía inculcarse a todos -sostenía- sino a los que presentaban vocación y condiciones especiales para ello.

Finalmente, la última característica es aquella en la que Ortega planteaba la necesidad de que la Universidad interviniese en la existencia pública brindando a la sociedad su aporte desde los campos en los que actuaba: cultura, ciencia y profesión. No se trataba de desconocer los límites para la actuación de la Universidad en la gestión política o social, sino de ponderar su capacidad para iluminar las circunstancias concretas de la vida del país a partir de un ideario producto de la reflexión serena y constante. Ortega temía que la opinión pública de su patria se nutriera sólo de las crónicas periodísticas y, por tanto, careciera de un verdadero interés por lo importante, postergado por esos asuntos que, desde la perspectiva informativa, son los urgentes o excepcionales.

No quisiera poner el punto final a estas páginas sin lamentar que Ortega nunca hubiese ejercido en la Argentina las tareas propias de la docencia universitaria –a pesar de su intervención favorable para que un discípulo suyo, Manuel García Morente, tomara a su cargo la dirección del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional de Tucumán-. Su incorporación a la Universidad de Buenos Aires -que fue desestimada a pesar de su interés y de algunas gestiones oficiosas realizadas por colegas argentinos- habría significado, quizás, una oportunidad para poner en práctica muchas de las ideas que hemos recorrido en este trabajo.

Referencia Bibliográfica

Se adjunta una bibliografía extendida para todos aquellos que deseen profundizar en el pensamiento de José Ortega y Gasset sobre la Universidad:

Fuentes

Ortega y Gasset, José, *Obras Completas* (10 tomos), Taurus / Fundación Ortega y Gasset, Madrid, 2000-2009.

Ortega y Gasset, José, *Obras Completas* (12 tomos), Alianza / Fundación Ortega y Gasset, Madrid, 1983.

Obras de consulta

Aguilar, Enrique y otros, *Ortega y Gasset en la cátedra americana*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 2004, 328 p.

Almeida Amoedo, Margarida I., “El papel de la Universidad contra la barbarie. Pensar con Ortega, setenta años después”, *Revista de Estudios Orteguianos* (Madrid), número 2, 2001, pp. 111-118.

Alvarez González, F., “Vigencia de la obra de Ortega y Gasset sobre la Universidad”, *Acta Académica* (Universidad Autónoma de Centro América, Costa Rica), N° 21, noviembre 1997, pp. 206-209.

Bellver Capella, Vicente; Talavera Fernández, Pedro A., “Ortega y la misión de la cultura en la Universidad. La concepción orteguiana del profesor universitario”, *Basilisco*, 2° época, N° 31, julio-diciembre 2001, pp. 89-94.

Campos Leza, Santos, “Misión de la Universidad y reforma universitaria: la contribución de las ideas de Ortega a nuestro tiempo”, *El Basilisco*, N° 32, 2002, pp. 23-30.

Casado, José A., “La universidad y la calle”, *Lanza* (Ciudad Real), 31 de octubre de 1993.

De Tomasso, Vincenzo, *La funzione dell'Università nel pensiero di José Ortega y Gasset*, Firenze, Felice le Monnier, 1968, 7 pp.

Donoso, Anton, “Ortega y Marías: sobre la filosofía de la enseñanza superior (1930-1980)”, *Cuenta y Razón*, N° 11, mayo-junio 1983, pp. 101-109.

Fernández-Carvajal, Rodrigo, “Retorno de la universidad a su esencia: una propuesta ingenua para la recuperación de nuestra enseñanza superior”, Murcia, *Universidad*, 1994, 155 p.

Fernández Escalante, Mairena; Almarcha Barbado, Amparo; Cristóbal Alonso, Patricia, “Ortega, Universidad y cultura”, *Revista galego-portuguesa de psicología e educación*, vol. 7, N° 5, 2001, pp. 77-101.

Fonck, Beatrice, "Papel sociológico de la juventud en La deshumanización del arte, La rebelión de las masas y Misión de la Universidad", *Revista de Estudios Orteguianos* (Madrid), número 2, 2001, pp. 281-288.

--- "José Ortega y Gasset et la Mission de L'Université", Guereña, J.-L. et Fell, E.-M. (eds.), *L'Université en Espagne et en Amérique Latine du Moyen Age a nos Jours. II. Enjeux, contenus, images*. Tours: Publications de l'Université de Tours, 1998, pp. 529-537.

Forment, E., "Ortega y Gasset y la misión de la Universidad", *Espíritu* (Barcelona), N° 119, 1999, pp. 83-100.

García Romero, Rafael, "Misión de la Universidad en el homenaje del 18 de noviembre de 1955", *Revista de Estudios Orteguianos* (Madrid), número 2, 2001, pp. 119-130.

Garza Camino, María Teresa de la, "Misión de la Universidad en el pensamiento de José Ortega y Gasset", *Revista de Filosofía* (México), vol. 17, N° 49, enero-abril 1984, pp. 57-68.

Giberstein de Rovinski, Sarita, "Concepto de Universidad en José Ortega y Gasset", *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica* (San José), Vol. 6, N° 22, enero 1968, pp. 261-295.

González Roja, Eugenio, "Ortega y Gasset y la Universidad", *Atenea* (Santiago-Concepción, Chile), febero 1931, pp. 237-247.

López, Mario Justo, "Ortega y la educación política", *Sur* (Buenos Aires), N° 353, julio-diciembre 1983, pp. 111-130.

--- *La pedagogía social y la educación política en Ortega y Gasset*. Buenos Aires: Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, 1984. (Conferencia pronunciada el lunes 27 de junio de 1983, homenaje de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, al filósofo español en su centenario).

López Cambronero, Marcelo, "Cultura, ciencia y universidad: los análisis y propuestas de José Ortega y Gasset", *Daimon* (Murcia), N° 30, 2003, pp. 123-130.

López Medel, Jesús, *Universidad, política y milicia en Ortega y Gasset*, Santa Cruz de Tenerife, 9 de noviembre de 2005. Madrid: Fundación Cultural de la Milicia Universitaria (FUNDAMU), 2006.

López Morillas, Juan, *Universities and their mission*, Providence, Brown University Press, 1956, 8 pp.

Lledó, Emilio, "La «Misión de la Universidad» de Ortega entre las reformas alemanas y nuestra universidad", *Sistema* (Madrid), N° 59, marzo 1984, pp. 3-20.

Luque, Mónica, “The idea of the University in Newman, Ortega y Gasset and Jaspers: a point of departure for analyses of the current problems facing Latin American Universities”, *La Educación* (Washington DC), N° 37, 1993, pp. 114-118.

Mantovani, Juan, “Ortega y la idea de Universidad”, *Sur* (Buenos Aires), N° 241, Julio-agosto 1956, pp. 136-141.

Marañón, Gregorio, “Universidad y retórica en Ortega”, *ABC* (Madrid), 19 de octubre de 1955 (Reimpreso en *Diario de la Marina* (La Habana), 26 de octubre de 1955).

Márquez Padorno, Margarita, *La Agrupación al Servicio de la República -la acción de los intelectuales en la génesis de un nuevo Estado-*, Madrid, Biblioteca Nueva / Fundación Ortega y Gasset, 2003.

--- “La misión de la Universidad al servicio de la necesidad pública”, *Revista de Estudios Orteguianos* (Madrid), número 2, 2001, pp. 193-196.

Mayz Vallenilla, Ernesto, “Ortega: universidad y ciencia”, *Sur* (Buenos Aires), N° 352, enero-junio 1983, pp. 145-154.

--- “Ortega y su ideología universitaria”, *Homenaje a Ortega y Gasset*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1958, pp. 51-58.

--- *Universidad, ciencia y técnica*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1956, 17 pp.

Muñoz, Jacobo, “Ortega y la reforma universitaria”, *El País* (Madrid), Suplemento “Ortega y Gasset”, 7 de mayo de 1983, pp. 10-11.

Ornellas de Andrade, Maria Ivone de, “Ortega y Gasset, uma reflexao alargada sobre a universidade”, *Revista de História e Teoria das Ideias*, vol. XII, 2000-2001, pp. 123-140.

Ozores, Renato, “Idea de la Universidad en Ortega”, *Universidad* (Panamá), N° 36, 1956-57, pp. 53-63.

Pellicani, Luciano, “L’università va riformata combattendo l’insidiosa barbarie dello specialismo”, *Avanti*, Roma, 28 de mayo de 1992.

Quintanilla, Miguel A., “La misión y gobierno de la universidad abierta”, *Revista de Occidente* (Madrid), N° 216, mayo 1999, pp. 117-146.

Raley, Harold C., “Ortega y Gasset and the University”, *Cimarron Review* (USA), Vol. 1, N° 1, September 1967, pp. 53-59.

Rodríguez, Ramón, “La dimisión cultural de la Universidad”, *Revista de Occidente* (Madrid), N° 241, mayo 2001, pp. 21-43.

Romero, Francisco, “Un experimento universitario” en *Ideas y Figuras*, Buenos Aires, Losada, 1949, pp. 135-149.

Rovira Reich, María de las Mercedes, *Ortega desde el Humanismo Clásico*, Pamplona, EUNSA, 2002.

Santolaria Sierra, Félix, “En torno a «Misión de la Universidad»”, *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid), N° 403-405, enero-marzo 1984, pp. 569-582.

Silva Castro, Raúl, “La Universidad según Ortega y Gasset”, *El Mercurio* (Santiago, Chile), 27 de noviembre de 1928.

Taberero, Angel, “Ortega y nuestro estilo universitario”, *El Gallo* (Salamanca), N° 5, 1955, p. 2.

Vicente Jara, Fernando – González Fernández, Ángel, “Concepto y misión de la universidad: de Ortega y Gasset a la reforma universitaria del Nacionalcatolicismo”, *Revista española de educación comparada*, N° 8, 2002, pp. 137-173.

Wedel, Alfred, “Ortega y Gasset y su concepto de una «Facultad de Cultura»”, *Revista de Occidente* (Madrid), N° 118, enero 1973, pp. 20-27.

Zamora Bonilla, Javier, “El sentido humanista de la universidad: comentario a un texto de 1930, *Misión de la Universidad*, de José Ortega y Gasset”, VV.AA., *Congreso Internacional sobre la historia de las Universidades Hispánicas* (7°, 2000, Colmenarejo), Dykinson, Madrid, 2004, pp. 729-750.

Tesis de Doctorado

Barrientos, Iván Luis, “Life, culture and higher education in the Philosophy of José Ortega y Gasset”, Michigan State University, 1965, 252 pp.

Lamela, Juan, “José Ortega y Gasset’s idea of the University and its relevance to the present status of higher education in the Phillipines”, Manila, University of San Carlos, 1968, 174 pp.

Maldonado-Rivera, Manuel, *The Historical and Philosophical Foundations of Ortega’s Concept of the University*, Austin, University of Texas, 1971, 381 pp.